

Las lecciones de la visita del Papa

Oscar Aguilar Ascencio* y Silvia Mey Martínez Reyes**

La cuarta visita del Papa a México estuvo rodeada de una gran efervescencia política tanto por los problemas de la agenda nacional —el conflicto en Chiapas, la sucesión presidencial, las secuelas del acuerdo FOBAPROA, entre otros— como por las propias expectativas y estimaciones del “impacto político” de la visita. ¿Qué lecciones nos deja la breve estancia de la cabeza de una Iglesia que trata de situarse en una sociedad más plural, desigual, políticamente competitiva, polarizada y a la que pretende evangelizar de acuerdo con un proyecto pastoral que desincentiva la participación política del clero, pero que al mismo tiempo motiva que algunos de sus obispos entren de lleno a la arena pública con sus declaraciones y cuestionamientos, más que con sus acciones pastorales, llamando la atención de los medios de información.

1. El poder político de la Iglesia no reside en su capacidad para movilizar a los católicos que presenciaron los recorridos del Papa, sino en su capacidad para concientizar, apoyar la organización y legitimar la movilización de los creyentes que desean transformar su entorno social y político

Las multitudes que siguen al Papa, en vivo y desde los medios electrónicos, son la demostración más paradójica de la fuerza del “músculo” movilizador de la Iglesia Católica. Ningún otro líder, religioso o secular, es capaz de atraer y concentrar las masas que atestiguaron la llegada y recorridos del Papa por la ciudad

* Candidato al Doctorado en Ciencias Políticas, Universidad de Notre Dame

** Universidad Iberoamericana

y, al mismo tiempo, quizá ninguna religión enfrente el divorcio entre “fe y vida”, es decir, el desfase entre creencia y comportamiento como lo enfrenta el catolicismo. El informe que los obispos y laicos de la CELAM prepararon como guía de trabajo inspirado en las discusiones del Sínodo de América —“El tercer milenio como desafío pastoral”— lo plantea de manera contundente:

la religiosidad latinoamericana, por lo general, se fundamenta menos en lo dogmático y en lo doctrinal y más en lo afectivo y en lo ritualista. Esta característica la hace muy vulnerable frente al sincretismo, con una desvinculación entre moral y dogma que produce un tipo de cristiano que vive la fe a su modo, empleando sólo algunos aspectos de la religiosidad.

De este modo, prácticas como el aborto, el divorcio, la contracepción, las relaciones prematrimoniales, el consumo de drogas, y la violencia intrafamiliar, son ya algunos de los rasgos más notables de una sociedad que todavía muestra su dimensión ritual en forma masiva y tradicional en peregrinaciones, fiestas de santos patronos y prácticas sacramentalistas que dan identidad al católico (bautizos, matrimonios religiosos, por ejemplo), aunque no de manera uniforme (asistencia a misa, confesiones).

Sin embargo, la debilidad en el comportamiento de creyentes no necesariamente debe traducirse en la esfera de la política. De hecho, la Iglesia puede activarse en este último campo como reacción al desplazamiento de sus valores por el dominio de los del reino secular. De ahí que en cuanto a la agenda moral de la Iglesia, los grupos más militantes sean aquellos más conservadores. Es notable que el fundamento ideológico que llevó a los constituyentes a privar a la Iglesia de personalidad jurídica haya sido el poder que le adscribían para manipular la conciencia de los fieles y, eventualmente, usar ese poder en contra del Estado. En un México más secular, con una sociedad moderna —que sin embargo se desborda ante la visita del Papa— ¿podemos afirmar que el poder político de la Iglesia reside en su capacidad para influir a los fieles? No, el capital político de la Iglesia no reside en su capacidad de movilización *per se*, sino en su eventual capacidad para crear conciencia de la situación social, política y económica. En su capacidad para cuestionar políticas de gobierno, para apoyar la organización y legitimar la movilización de grupos y comunidades que aspiran a defender sus derechos. Como la gran mayoría de los obispos no desarrolla su estrategia pastoral de acuerdo con este esquema, el poder político de la Iglesia se limita, en la práctica, al impacto o efecto de cuestionamientos y declaraciones de obispos a través de los medios de información.

858310 R

2. Para la Iglesia la relevancia de la visita del Papa tiene una dimensión propiamente "estratégica" relacionada con su preparación frente a los desafíos del siguiente milenio

El Papa vino a firmar el documento que marcará los lineamientos para la acción y estrategia pastoral de la Iglesia en el nuevo milenio. La Exhortación Postsinodal *Ecclesia in America*, parte del reconocimiento de la singularidad social, económica, política y religiosa del continente y plantea un esquema de acción basado en la conversión, la comunión y la solidaridad, es decir; en superar el divorcio entre fe y vida, en intensificar esfuerzos de cooperación entre las iglesias particulares, desde episcopados hasta diócesis y parroquias, en ofrecer una guía y un apoyo efectivo para la solución a los problemas de los fieles y no quedarse como una institución irrelevante para su vida cotidiana. El documento reconoce los pecados sociales pero no legitima el involucramiento político de la Iglesia, por lo tanto, descarta la activación del clero como medio para transformar el entorno —fiel a la convicción del Papa de que esto atenta directamente contra la identidad y misión del sacerdocio—. De ahí que también se advierta que los presbíteros deben favorecer la unidad, sin embargo, no descalifica que eventualmente asuman un papel protagónico si se consideran las consecuencias prácticas de la exhortación a "estar atentos a los desafíos del mundo actual y ser sensibles a las angustias y esperanzas de su gente, compartiendo sus vicisitudes y, sobre todo, asumiendo una actitud solidaria con los pobres".

3. Para la Iglesia en México, la capitalización política de la visita del Papa no es automática, sino que está en función de lograr avances tangibles en la agenda pendiente que tiene con el Estado y en su influencia en situaciones como el conflicto en Chiapas

Que la Iglesia Católica haya refrendado de manera elocuente que sigue siendo la de mayor adscripción entre los mexicanos no se traduce en un fortalecimiento político de los obispos. Que la presencia de su líder haya virtualmente trastocado el funcionamiento cotidiano de la vida política y de la ciudad nos demuestra la fuerza social que tiene, pero no necesariamente que con esta visita se fortalezca en el plano político. La razón principal es que el capital político no se obtiene sólo con demostraciones multitudinarias que se dispersan casi con la misma rapidez con la que se concentran. El capital político se crea a partir del mantenimiento de posiciones, de la suma de apoyos y de estrategias efectivas para la consecución de objetivos específicos. Si la mayoría de los obispos siguen

asumiendo estrategias pastorales que privilegian las dimensiones espiritualistas de la religión —por las razones que sean, desde la necesidad de contrarrestar “sectas”—. El Estado no tendría por qué temer a una Iglesia mayoritaria, pero políticamente inocua.

¿Qué puede ganar políticamente la Iglesia con la visita del Papa? Puede avanzar en las negociaciones que le interesan: en la agenda pendiente de su relación con el Estado (propiedad de los medios de comunicación, por ejemplo), o en modificar ciertas situaciones específicas como el conflicto en Chiapas. Es notable que el secretario de estado de la Santa Sede, Angelo Sodano, haya tenido un encuentro con el secretario de gobernación para tratar al menos uno de los puntos que más preocupan a la Iglesia en relación con el conflicto en Chiapas: la apertura de los templos que están en manos de grupos que se oponen al obispo Samuel Ruiz. De esta manera, uno de los efectos de la visita del Papa se verá en el terreno de la práctica de la religión, así como ahora en Cuba la Iglesia está sujeta a menos restricciones que en el pasado (ya se pudo celebrar la Navidad y se permitió la entrada de clero extranjero), muy probablemente no pasará mucho tiempo para que los templos en Chiapas estén de nuevo abiertos al culto.

4. La paradoja inherente a la comercialización de la visita del Papa se refleja en que la Iglesia necesita “el patrocinio” de los medios para sufragar gastos y difundir su mensaje y, al mismo tiempo, los medios son los principales portadores de los “antivalores” que denuncia el mensaje de la Iglesia

El *rating* que los medios electrónicos buscaron con la cobertura de la visita papal y la fuerza del *marketing* que tuvieron las empresas “patrocinadoras” con la figura del Papa, nos muestran hasta qué punto lo religioso, en una sociedad con rasgos modernos y secularizantes, es susceptible de convertirse en espectáculo de masas (por ejemplo el encuentro con los jóvenes en el Estadio Azteca) ¿Cómo es posible que los mismos medios que son portadores de los “antivalores” que tanto cuestiona la Iglesia —violencia, sexo, drogas, individualismo, materialismo, etcétera— sean también el canal privilegiado para difundir las palabras y los actos del Papa? Paradojas de la mercadotecnia: ambos, el Papa y las series plagadas de antivalores “venden”. La otra paradoja es que el *rating* que generó la visita del Papa hizo que la Iglesia tuviera como “rehén” a los medios informativos y, con ello, toda la atención necesaria para sus mensajes, discursos o pronunciamientos. Sin embargo, el impacto de los mensajes del Papa quedó de alguna manera diluido porque la cobertura de la televisión fue superficial, si no es que frívola, y no se centró en un análisis serio del significado pastoral de la visita o de

las implicaciones de los pronunciamientos del Papa. Esto por supuesto que no tiene mayor importancia porque no es "interesante" o "vendible" a un teleauditorio al que se le impone una cobertura que recordó los espectáculos del medio tiempo del supertazón o de los juegos olímpicos. Al menos la prensa escrita y la radio dieron espacio en su cobertura al análisis del mensaje papal y su significado político.

La Iglesia ha reconocido que no ha sabido aprovechar la influencia de los medios de comunicación para transmitir y difundir su mensaje. Quizá no se trate de un simple problema de pericia o estrategia creativa, sino de algo más complejo: los medios serán refractarios a dar espacios a mensajes que van a contracorriente de los contenidos que generan *ratings*, es decir, ganancias. De ahí que la Iglesia Católica insista en el derecho a la propiedad de los medios informativos como un instrumento evangelizador. El desafío sería entonces competir con los contenidos de otros canales, programas y series o al menos contrarrestar los efectos que la Iglesia tanto critica.

El corolario que se siguió de los "patrocinios" de la visita papal se concretó en el acceso privilegiado que las élites económicas y políticas tuvieron con el Papa: su misa privada, los saludos en corto y sin testigos de medios informativos. Si bien la evangelización de las élites es también parte de la agenda de la Iglesia, como lo señala el documento postsinodal, el desafío más bien parece ser que el acceso del que gozan las élites se traduzca en el acceso al mensaje que la Iglesia quiere difundir. En esto, salvo algunas notables excepciones, las élites, como una población que acentúa su divorcio entre fe y vida, parecen ser todavía muy refractarias al mensaje del Papa y la Iglesia.

5. La visita papal fortaleció la figura del cardenal Rivera dentro del episcopado mexicano

El arzobispo primado de México, cardenal Norberto Rivera, en su calidad de anfitrión y uno de los más ardientes portavoces del mensaje del Papa en cuestiones vinculadas a la "cultura de la muerte", resultó fortalecido como una de las voces líderes dentro del episcopado. El cardenal supo llamar la atención de todos los medios de comunicación en la misa en el Autódromo cuando se refirió a la actual situación económica, política y social al señalar que "el pueblo de México sufre, desespera porque no atisba ninguna solución a sus demandas de justicia, de alimento, de salud, de trabajo bien remunerado", dijo también que México fue "presa" de capitales extranjeros inhumanos que llevaron a la gente al dolor porque ha sido engañada y porque "está invadida por la pobreza y la violen-

cia". Al hacer referencia al caso Chiapas fue contundente al afirmar que la paz no está al alcance de los mexicanos porque el pueblo en ocasiones se siente "un títere manipulado ya no por hilos visibles, sino por controles remotos". Lo interesante de estas declaraciones es que bien pudieron ser pronunciadas por el obispo Samuel Ruiz, e incluso hasta por el subcomandante Marcos ¿Significa esto una afinidad ideológica que ha permanecido oculta durante todo este tiempo? No, simplemente que existe un consenso en el diagnóstico respecto a los rasgos más notorios de nuestra realidad política, económica y social, pero un desacuerdo respecto al papel o a la responsabilidad que tiene la Iglesia para transformar eso que se cuestiona. En este sentido, el liderazgo de Samuel Ruiz, en su propia diócesis como entre los sectores más progresistas del episcopado y de los sacerdotes del país, está respaldado por un trabajo pastoral de casi cuarenta años, mientras que el del cardenal Rivera se deriva de su posición estratégica respecto a los medios —arzobispo de la capital del país— y de pronunciamientos que nos proyectan una figura conciente de la realidad nacional, aunque con un trabajo pastoral cuyos frutos todavía están por verse, considerando el tiempo que lleva al frente de la arquidiócesis.

Casi con toda seguridad, el cardenal Rivera será el próximo presidente del episcopado mexicano y en esa calidad tendrá una vía más para ejercer un liderazgo que responde más a la agenda de Juan Pablo II que a la del Concilio Vaticano II —y en la que se inspiró el trabajo de obispos como el propio Ruiz o Arturo Lona—. En su camino para convertir su liderazgo en una fuerza transformadora, el cardenal Rivera estará sujeto a tres grandes fuerzas motrices: la sucesión de Juan Pablo II, la renovación de un clero leal a la agenda de su líder y las características de una megaciudad como el Distrito Federal, con todos los obstáculos y potencialidades que ésta encierra.

6. La visita del Papa fue también escenario de la disputa entre el gobierno de la ciudad de México y el gobierno federal

Si bien las llaves de la ciudad no pudieron ser entregadas al Papa con motivo de sus visitas anteriores —primero porque no existían relaciones diplomáticas con la Santa Sede y porque en su tercera visita no llegó a la capital —en esta ocasión la visita sirvió para el lucimiento del gobierno capitalino y su distancia política e ideológica del gobierno federal. Esta distancia fue marcada a costa del protocolo del acto de entrega de las llaves, cuando Cárdenas pronunció un discurso afín a los cuestionamientos de la Iglesia al neoliberalismo y en el que reconoció los aportes de la Iglesia a la cultura, las artes y al compromiso social, con

la idea de asociar el proyecto político del gobierno de la ciudad y su partido con los puntos vanguardistas de la posición social de la Iglesia.

Ahora bien, hasta qué punto sea posible capitalizar estas acciones en el futuro político de Cárdenas y el PRD dependerá en realidad de los acercamientos que tenga primero con el cardenal Rivera y después con el resto de los obispos del país. En la medida en que las acciones del gobierno de Cárdenas, o sus posiciones ideológicas respecto a temas tan sensibles como la educación o el aborto, y en que las posiciones perredistas son de acentuada tradición laica y progresista, den lugar a fricciones o tensiones con la Iglesia, en esa medida el acto de entrega de las llaves quedará sólo como un ritual político más, que en su momento captó la atención de los medios.

Es interesante notar que el gobierno capitalino legitimó su participación en la visita del Papa cuando con anticipación planeó un viaje a Italia, y por ende una visita al Vaticano, de manera que en la agenda de la visita del Papa a México se incluyera la visita a la sede del gobierno de la ciudad.

7. Para la Iglesia, el verdadero impacto de la visita del Papa debe traducirse en una renovación de sus estrategias pastorales para enfrentar los desafíos que la modernidad, desigualdad, polarización política y secularismo plantean a su tarea evangelizadora

Los efectos del verdadero impacto de la visita de Juan Pablo II a México, más allá de la emoción pasajera manifestada por los creyentes, deben traducirse en una profunda renovación de las estrategias pastorales de una Iglesia que ve con preocupación, si no con alarma, el presente y el futuro de la sociedad y particularmente de sus jóvenes.

Si la Iglesia desea tener éxito, la renovación de sus estrategias deben necesariamente asumir una presencia más activa en lo social, cultural y hasta en lo político. No puede ser una fuerza relevante o motriz de cambio si quiere al mismo tiempo alejarse de los reflectores y la responsabilidad que implica la defensa de su propia agenda: en los campos de salud, educación, en la cuestión indígena, respecto a la desigualdad, corrupción, etcétera. Esto a su vez, producirá inevitablemente conflictos y tensiones con el gobierno y otros grupos sociales y políticos, pero es el precio a pagar si se quiere recuperar una posición efectiva de defensa y promoción de valores que, a sus ojos, van a la baja en la configuración de la sociedad moderna.

En otras palabras, si la Iglesia quiere evangelizar, tiene necesariamente que transformar. Y esta transformación se enfrentará a la resistencia, inercia, rezago y

competencia —de otros grupos, asociaciones o iglesias— para lo cual necesitará equiparse adecuadamente, tanto en el plano de sus propios recursos humanos, como en el de sus estrategias discursivas y pastorales. La Iglesia en México tiene menos sacerdotes que los Estados Unidos (en donde hay 50 millones de católicos): cuenta con apenas 13 mil sacerdotes —diocesanos y religiosos— contra los 50 mil del vecino del norte. Y si bien tiene una participación considerable en el campo educativo, éste se limita a una élite —entre todas las instituciones educativas sólo atiende a poco más de un millón de alumnos— contra los 30 millones restantes del sistema educativo nacional. ¿De qué sirve entonces a la Iglesia Católica el fervor de una visita si ésta es sólo un instante fugaz que no logra cimentar la base de una toma de posición de la sociedad que quiere evangelizar?

Todo ello sin contar factores como la creciente pluralidad religiosa del país, —existen más de tres mil registros de asociaciones religiosas no católicas en la Secretaría de Gobernación, y estados como Chiapas y Tabasco donde el proselitismo no católico amenaza seriamente a la mayoría católica—, las limitaciones de su estatus jurídico que todavía quiere renegociar con el Estado, y la inercia de una secularización que no sólo parte de la modernidad, sino que para contrarrestarla es preciso desplegar labores creativas y eficaces difíciles de producir cuando se tiene limitación de recursos en todos los renglones.

En general, la visita del Papa reveló el fervor religioso de un pueblo creyente, pero también demostró que éste no es suficiente para que la Iglesia enfrente con éxito sus desafíos pastorales. En otras ocasiones se registró el mismo fervor sin embargo la institución sigue estando asediada por los desafíos de una sociedad compleja, plural y políticamente polarizada. En otro nivel, la visita confirma que la Iglesia tiene el potencial para posesionarse políticamente y aprovechar la atención que le otorgan los medios informativos y las élites políticas y económicas, todo lo cual es también insuficiente si ese potencial no lo traduce en acciones que la fortalezcan frente al Estado y a la sociedad actual.